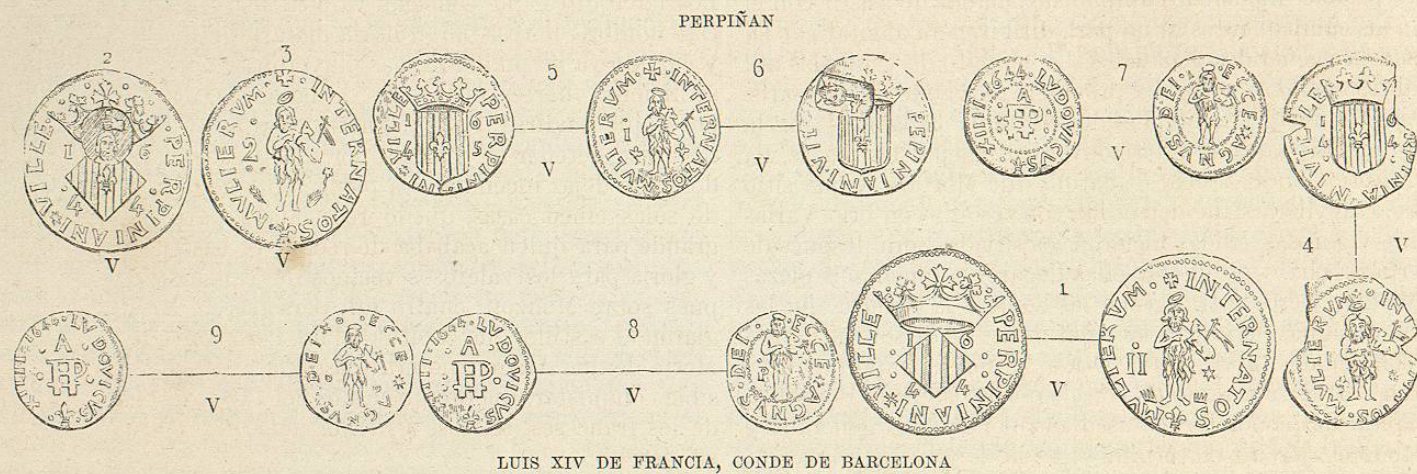


su jornada, pero con tal lentitud, que habiendo salido de Madrid el 26 de abril, fué detenido en Aranjuez, Cuenca, Molina y otras poblaciones, entreteniéndole el conde-duque con fiestas, en términos que no llegó á Zaragoza hasta el 27 de julio, presentándose, no con la sencillez de quien iba á una expedición militar y á ver de enderezar una guerra desgraciada, sino con el boato, la pompa y magnificencia de quien fuera á celebrar un gran triunfo.

Juntóse con estos esfuerzos un nuevo ejército de diez y ocho mil infantes y cerca de seis mil caballos, cosa extraordinaria atendida la situación en que se encontraba el reino, y



dar calor á las operaciones de una guerra de que pendía la suerte de la monarquía. Vergüenza debía causarle ver que la reina en Madrid, donde quedó gobernando, visitaba los cuarteles, animaba los soldados y se desvivía por encontrar y enviar recursos (1).

Como antes de emprenderse la campaña se supiese la rendición de las plazas del Rosellon, dióse ya por perdida aquella provincia, y en lugar de dividir el ejército en dos cuerpos, como se había pensado, destinósele íntegro á Cataluña (2). Púsose pues en movimiento el de Leganés á fines de setiembre (1642), y pasando el Segre por Aytona, sentó el 7 de octubre su campo delante de Lérida en el llano de las Horcas. Esperábase el mariscal de la Motte con doce mil hombres, apostado en una colina llamada de los Cuatro Pilares. Atacó el primero don Rodrigo de Herrera con trescientos jinetes, é hizo lo con tal brio, que se apoderó de una de las baterías enemigas colocada en un repecho. Pero acudieron allí nuevas

trozas y fueron los nuestros rechazados. Hizose al fin general el combate en toda la línea, y peleóse desde la mañana hasta la noche; muy mal por parte de los nuestros, y no porque no lo hicieran con valor, sino por la confusión en el mando, que fué tal, que ni se entendían las órdenes, ni menos se ejecutaban, ni se sabía á quién obedecer, y cada oficial peleaba con los suyos por su cuenta, y nadie se subordinó á una voz y á un plan. De modo que llegada la noche se ordenó la retirada, y quedó el enemigo dueño del campo; y aunque se perdió poca gente, y no se puede decir que fué una derrota, es lo cierto que se renunció á tomar á Lérida, que el ejército perdió su fuerza moral, y que retirado á cuarteles se fué menguando y disipando por la indisciplina y las deserciones (3).

Oscurcida quedó con esta acción la gloria en otros campos ganada por el marqués de Leganés. Hicieronse las mas graves acusaciones, con razon unas, acaso no con tanta otras. De todos modos no puede disculpársele de haber inutilizado un ejército á tanta costa formado; y aunque él al principio se dió por vencedor y logró al pronto engañar al rey, no tardaron los resultados en demostrar la verdad. Entonces se le separó del mando y se le confinó á Ocaña, donde á pesar de toda su amistad con el conde-duque se le abrió proceso sobre su conducta. El rey, lleno de tristeza, confundido y avergonzado del espectáculo que estaba allí ofreciendo, regresó á Madrid, y en mucho tiempo no se volvió á emprender nada sobre Cataluña.

El mismo día que entró el mariscal de la Motte en Barcelona (4 de diciembre, 1642), donde prestó su juramento en calidad de virey, murió en París el grande enemigo de las casas de Austria y de España, el gran político y el hombre extraordinario que tantos años había regido los destinos de la Francia, el que bajo el peso de su superior inteligencia humillaba á su pretendido rival el conde-duque de Olivares, el gran cardenal de Richelieu, cuya enemiga había causado tantos males y tantas pérdidas á España (4).

(1) Otro rasgo de desprendimiento se vió tambien en esta ocasion, que nos complacemos en consignar. Habiéndose llegado la reina en persona á pedir dinero prestado sobre joyas al rico negociante don Manuel Cortizos de Villasante, este digno español se negó á recibir las alhajas, y dió sin ninguna garantía ochocientos mil escudos para que se enviasen inmediatamente al ejército.

(2) La reina se desprendió de sus propias alhajas destinando su valor á los gastos de la guerra. Al enviarlas á Zaragoza por mano del conde de Castriello, tuvo la discrecion de halagar el amor propio del conde-duque, á quien meditaba ya derribar, queriendo que entregara por su mano las joyas, y escribiéndole la siguiente carta: «Conde: todo lo que fuere tan de mi agrado como que el rey admita mi voluntad en esta ocasion, quiero que vaya por vuestra mano; y así os mando supliqueis á S. M. de mi parte se sirva de esas joyas, que siempre me han parecido muchas para mi adorno, y pocas hoy que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades. De Madrid, hoy viernes 13 de noviembre de 1642. La Reina.»—El de Olivares le contestó sobremañera agradecido y el rey le escribió sumamente satisfecho.—Caída de la privanza del conde-duque de Olivares, en el Semanario Erudito de Valladares, tom. III.

(3) El duque de Nochera, que gobernaba el reino de Aragon, no se había descuidado de prevenirse para contener tales invasiones, mas como dice Soto y Aguilar, «por ciertos inconvenientes bien murmurados y mal entendidos mandó S. M. Católica que el duque de Nochera dejase el gobierno de Aragon, no habiendo perdido de él un palmo de tierra, antes avisado siempre en defensa del reino le tenía bien prevenido: le mandó viniése preso; no entró en Madrid, porque fué llevado á Pinto, donde estando en la prision murió.» Eptome de las cosas sucedidas, etc. pág. 203. Siempre errores y descuerpos del gobierno.

nombróse general en jefe al marqués de Leganés, á quien ya conocemos por sus mandos en Italia y Aragon y que estaba entonces en la gracia del conde-duque. Al mismo tiempo se equipó en Cádiz una armada de treinta y tres navios de guerra, y cuarenta buques menores, con nueve mil hombres de tripulacion, cuyo mando se dió al duque de Ciudad-Real. Con estos elementos habia derecho de prometerse una campaña ventajosa por mar y por tierra. Mas la suerte de España no lo quiso así. El rey no solamente no se movió de Zaragoza, sino que allí parecia haber ido mas á pasar una temporada de recreo, segun se daba á las diversiones, que á inspeccionar

tropas y fueron los nuestros rechazados. Hizose al fin general el combate en toda la línea, y peleóse desde la mañana hasta la noche; muy mal por parte de los nuestros, y no porque no lo hicieran con valor, sino por la confusión en el mando, que fué tal, que ni se entendían las órdenes, ni menos se ejecutaban, ni se sabía á quién obedecer, y cada oficial peleaba con los suyos por su cuenta, y nadie se subordinó á una voz y á un plan. De modo que llegada la noche se ordenó la retirada, y quedó el enemigo dueño del campo; y aunque se perdió poca gente, y no se puede decir que fué una derrota, es lo cierto que se renunció á tomar á Lérida, que el ejército perdió su fuerza moral, y que retirado á cuarteles se fué menguando y disipando por la indisciplina y las deserciones (3).

Oscurcida quedó con esta acción la gloria en otros campos ganada por el marqués de Leganés. Hicieronse las mas graves acusaciones, con razon unas, acaso no con tanta otras. De todos modos no puede disculpársele de haber inutilizado un ejército á tanta costa formado; y aunque él al principio se dió por vencedor y logró al pronto engañar al rey, no tardaron los resultados en demostrar la verdad. Entonces se le separó del mando y se le confinó á Ocaña, donde á pesar de toda su amistad con el conde-duque se le abrió proceso sobre su conducta. El rey, lleno de tristeza, confundido y avergonzado del espectáculo que estaba allí ofreciendo, regresó á Madrid, y en mucho tiempo no se volvió á emprender nada sobre Cataluña.

El mismo día que entró el mariscal de la Motte en Barcelona (4 de diciembre, 1642), donde prestó su juramento en calidad de virey, murió en París el grande enemigo de las casas de Austria y de España, el gran político y el hombre extraordinario que tantos años había regido los destinos de la Francia, el que bajo el peso de su superior inteligencia humillaba á su pretendido rival el conde-duque de Olivares, el gran cardenal de Richelieu, cuya enemiga había causado tantos males y tantas pérdidas á España (4).

(3) Tió: Continuacion de Melo, lib. VII.

(4) A su muerte escribió el rey Luis XIII la siguiente carta á los diputados de Cataluña.

«Queridos y muy amados:

»Nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos prestó, y con cuán buenos resultados prosperó el cielo los consejos que él nos dió; y nadie puede dudar que sentiremos como es debido la pérdida de tan fiel y buen ministro. Por tanto, queremos que sepa todo el mundo cuál es nuestra pena, y cuán cara nos es su memoria por los testimonios que de ello daremos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para el gobierno de nuestro Estado y demás negocios deben ser preferidos á cualquier otro,

CAPÍTULO IX

Guerra de Portugal

DE 1641 Á 1643

Reconocen varias potencias al nuevo rey de Portugal y hacen alianza con él.—Roma, por influencia de España, se niega á recibir sus embajadores.—Prision del príncipe don Duarte de Portugal en Alemania.—Prepárase don Juan IV á la defensa de su reino.—Esfuerzos de España para reunir un ejército en la frontera.—Mala eleccion de general.—Flojedad con que se hizo la guerra por Extremadura y por Galicia.—Correría y saqueos de una parte y de otra.—Conspiracion en Portugal para derrocar del trono á don Juan IV.—Quiénes entraban en ella y cómo fué conducida.—El arzobispo de Braga; el conde de Villareal, etc.—Es descubierta.—Castigo y suplicios de los conjurados.—Conspiracion del duque de Medinasidonia y del marqués de Ayamonte.—Intenta aquel proclamarse soberano de Andalucía.—Un español descubre en Portugal la conjuración y la denuncia.—Castigo del de Medinasidonia.—Suplicio del de Ayamonte.—Continúa la guerra de Portugal sin vigor y sin resultado.

Hecha la revolucion de Portugal, reconocido y jurado solemnemente don Juan IV por la nacion congregada en córtes que él se apresuró á convocar, trató el nuevo soberano de hacerse reconocer por las potencias de Europa, principalmente por las enemigas de la casa de Austria, á cuyo efecto despachó embajadores á varias cortes. Los que fueron á Paris (marzo, 1641), encontraron á Luis XIII y á su primer ministro Richelieu tan favorablemente dispuestos como era de esperar hácia una nacion que se emancipaba de España y á cuyo alzamiento habian ellos contribuido, y sin dificultad se celebró un tratado de alianza entre ambas potencias, puesto que ninguna mas interesada que la Francia en desmembrar y quebrantar el poder de Castilla. La corte de Inglaterra tambien se prestó fácilmente á renovar la amistad antigua entre los dos pueblos, y á franquear el mutuo comercio entre los súbditos de ambas naciones. Dinamarca y Suecia se alegraron de contar con un soberano y un reino mas, que hiciera frente al poder de la casa de Austria.

La república holandesa esquivó hacer un tratado de paz con el nuevo reino, para no verse obligada á restituírle los dominios y establecimientos portugueses de la India que habia conquistado durante la union de Portugal con la corona de Castilla, y que los portugueses pretendian pertenecerles otra vez de derecho. Los diputados de la república, no desconociendo la razon que les asistía, quisieron diferir la solucion de este negocio hasta la reunion de los estados generales; pero se ajustó una tregua de diez años, y aun envió la Holanda una escuadra á Portugal para que en union con la francesa persiguiera la de los españoles (1).

Despues de algun tiempo y no sin contradiccion de algunos portugueses, resolvió el rey enviar tambien embajadores á

nos vemos obligados á tener mas atencion que nunca, y aplicarnos de tal modo que podamos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos la paz, que ha sido siempre el objeto principal de nuestras empresas y para cuyo logro perderemos, si es menester, la vida. Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo las mismas personas que nos han servido durante la administracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del mismo rigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que tocándoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creído oportuno comunicaros esto, para que sepais que los negocios de esta corona irán siempre como hasta ahora, á mas de que miramos siempre con particular cuidado cuanto concierne á vuestro Principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los doce de diciembre de 1642.»

(1) Laclède, Historia general de Portugal, tomo VIII.—Faria y Sousa, Eptome de historias portuguesas, part. IV.—Seyner, Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV, cap. 3 y 4.

Roma bajo la proteccion de la Francia, porque ya se temia la influencia de España en la corte pontificia. Y en efecto, el marqués de los Velez, que despues de su dimision como virey de Cataluña se hallaba allí de embajador, y don Juan Chumacero, hombre en estos asuntos de gran reputacion y valia, trabajaron con el pontífice, primeramente para que les negara la entrada, despues para que no los recibiera en audiencia, representándole que el duque de Braganza no era sino un súbdito rebelde al rey católico, y que si recibia á sus enviados como representantes de un monarca legitimo, ellos no podrian menos de salirse de Roma. El papa, ó movido de estas razones, ó no atreviéndose á disgustar á los embajadores de España, no recibió á los portugueses, por mas instancias que el de Francia le hizo (octubre, 1641). Bramaban de coraje el francés y los portugueses: produjo esto escenas escandalosas y sangrientas en Roma, salióse el marqués de los Velez de la ciudad con los cardenales españoles para dejar que pasase aquella tempestad de que le echaban la culpa; insistió entonces de nuevo el embajador portugués obispo de Lamego en que le otorgase audiencia el papa; apretaba tambien el francés hasta con amenazas, y hasta con salirse de Roma; el papa se mantuvo inflexible, y los de Portugal se volvieron á su reino sin ser reconocidos, despues de solicitarlo inútilmente por espacio de un año.

Uno de los medios, y nada honroso en verdad, que emplearon los ministros españoles para contrariar la revolucion portuguesa fué negociar del emperador de Alemania que prendiese al príncipe don Duarte de Portugal, hermano de don Juan IV, que ajeno á todo lo que estaba pasando acá en su reino servia con gloria en los ejércitos imperiales como teniente general; príncipe de gran provecho, y que habia dado pruebas de mucho valor y de suma habilidad en la guerra. Nuestros embajadores en Viena reclamaron su prision so pretexto de que no viniése á Portugal donde podria dar grande ayuda al rey su hermano. Resistíasele al emperador el tomar una medida tan injusta, y tan contraria á la hospitalidad y á los derechos que el príncipe habia adquirido á la consideracion y á la gratitud. Defendíale con calor el archiduque Leopoldo, y con él otros personajes de la corte. Pero tal fué el empeño de la de España, que al fin logró que se ejecutara la prision del inocente, benemérito y desgraciado príncipe en Ratisbona (febrero, 1642), de donde fué conducido á Pasau y á Gratz, entregado despues á los españoles, y encerrado por estos en la ciudadela de Milan, donde murió sin que su hermano pudiera jamás rescatarle por ningun medio. Accion inicua y baja, de mucha deshonra y ninguna utilidad para los ministros españoles (2).

(2) Publicóse por aquellos tiempos en Portugal un folleto titulado: «EL PRÍNCIPE VENDIDO, Ó VENTA DEL INOCENTE Y LIBRE PRÍNCIPE DON DUARTE, INFANTE DE PORTUGAL, celebrada en Viena á 25 de junio de 1642 años. El rey de Hungría vendedor: El rey de Castilla comprador. Estipulantes en el acuerdo por el rey de Castilla: Don Francisco de Melo, gobernador de sus ejércitos en Flandes; don Manuel de Moura Corte-real, su embajador en Alemania. Por el rey de Hungría: Su confesor; el doctor Navarro, secretario de la reina de Hungría.—El muy alto y poderoso infante don Duarte, hermano del serenísimo rey de Portugal don Juan IV, fué vendido por cuarenta mil risdales.»

Hasta aquí la portada del libro, el cual empieza: «Sea manifiesto al mundo un crimen monstruoso de la tiranía, un prodigio abominable de la ingratitud, y un estupendo sufrimiento de la inocencia, lleno de lástima, de horror y de indignacion. Con vos hablo, cristianos, reyes, príncipes poderosos, repúblicas serenísimas, estados ilustres, y señores grandes de toda Europa. A vos digo tambien, oh bárbaros gentiles, que amais la libertad humana, etc.»

En cambio se publicó en España otro escrito en impugnacion del anterior, con no menos ampuloso título y no menos extravagantes ínfulas de erudicion que este, pues se intitulaba: *Portugal convenida con la razon para ser vencida con las católicas potentísimas armas de don Phelipe IV, el Pio, emperador de las Españas y del Nuevo Mundo*, sobre la justísima recuperacion de aquel reino y la justa prision de don Duarte de Portugal. *Obra apotegética, jurídico-teológico-histórico-política*, dividida en cinco tratados que se señalan en la página siguiente. En que se responde á todos los libros y manifiestos que desde el día de la rebelion hasta hoy han publicado los bergantistas contra la palmaria justicia de Castilla. Escribióla don Nicolás Fernandez de Castro, caballero del orden de Santiago, señor de Luzio, etc.

Tan luego como don Juan IV subió al trono, trató como hombre previsora de afirmarse en él por todos los medios. Mientras negociaba alianzas con otras potencias, fortificaba á Lisboa, reparaba las demás plazas del reino, mandaba instruir en el ejercicio de las armas á todos los hombres capaces de llevarlas, á excepcion de los eclesiásticos y de los físicamente inútiles, se enviaban armas á todas partes, y se prevenía así para el caso de una guerra, que era de esperar y él esperaba. Como que los portugueses le habian proclamado con gusto, con gusto tambien se prestaban á cumplir todos sus mandamientos y disposiciones.

Por nuestra parte se trató igualmente de formar ejércitos á las fronteras de Portugal, pero faltaban recursos, faltaba gente, y faltó sobre todo, como de costumbre, tino para ello. El dinero y los soldados se habian casi agotado para la guerra de Cataluña. Buscóse no obstante uno y otro, llamando á la corte todos los caballeros hijosdalgo é invitándolos á concurrir á la guerra con armas y caballos segun la antigua usanza de Castilla. Pero los mas, si bien no se negaron á servir á su rey y á su patria, hacíanlo con su interés, pidiendo unos ayuda de costa, á condicion otros de obtener hábitos y mercedes. Con mas desprendimiento se condujeron muchos grandes, levantando á su costa compañías de á cien hombres, así como los ministros de los consejos cumplieron con poner cada uno en campaña cuatro hombres armados. Y mayor y mas espontáneo hubiera sido el sacrificio de unos y otros, si el rey hubiera accedido á separar de su lado al ministro favorito que todo lo mandaba y por quien todo se perdía, y mucho mas si el rey, como era su deber, y como lo pedía la necesidad, hubiera dejado las delicias de la corte, y puéstose, como sabian hacerlo sus antecesores, en campaña. Aun así se juntó un pequeño ejército, que habria podido hacer algo dirigido por un hábil y aguerrido general. Pero el conde-duque tuvo el malhadado tacto de elegir para este cargo al conde de Monterrey, ya conocido por su gobierno en Nápoles, pero que tenia el mérito de ser hermano de su esposa, y el compañero del ministro en sus galanteos y en sus banquetes, en sus fiestas, en sus correrías y aventuras. Y fué fortuna que negándose otros capitanes á servir á las órdenes de este jefe, se le diese por maestro de campo general á don Juan de Garay, grandemente reputado en las armas, como acababa de acreditarlo en la guerra del Rosellon.

Vergüenza era que tratándose de la reconquista de un reino, se redujeran las primeras operaciones de la guerra por parte de la antes poderosa España á pequeñas excursiones é insignificantes correrías desde las plazas de Mérida y Badajoz á las comarcas de Elvas y Olivenza, en que los españoles solian volver con algunos prisioneros y algun botín, poco disciplinados los portugueses. Como empresa ya formal se intentó con un cuerpo regular de ejército el sitio y ataque de Olivenza, mas es desconsuelo tener que decir que hechas tres tentativas en tres acciones diferentes, en una de ellas abierta ya brecha y dado el asalto, todas tres veces fueron rechazados con pérdida los nuestros, cobrando con esto no poco brio los portugueses. De tal modo era unánime en la corte la opinion en atribuir al de Monterrey aquellas pérdidas y aquella impotencia, que á pesar de su deudo y de su favor con el conde-duque, hubo que relevarle del mando de aquel ejército, el cual se encomendó al marqués de Rivas, conde de Santisteban, que no mucho mas experimentado, aun con tener por maestro de campo á Garay, tampoco consiguió ninguna ventaja. Por el contrario, don Martin Alfonso de Melo, general de los portugueses, ejecutó una bien combinada operacion con un cuerpo de cuatro mil hombres sobre la villa de Valverde, donde se hallaba don Juan Tarrasa con ochocientos infantes y trescientos caballos españoles de tropa reglada. La defensa que hizo Tarrasa fué buena, y costó al portugués mucha gente, pero Melo se apoderó de la villa, conditjose con humanidad con los prisioneros y heridos, que llevó á Olivenza, y de allí pasó á Elvas, donde se celebró su triunfo con *Te Deum* y otras solemnidades, excesivas para una accion, si bien gloriosa, nada extraordinaria. Lo demás por aquella parte se reducía á escaramuzas diarias en los pueblos de una y otra frontera, y á talas, incendios y saqueos de una y otra parte.

Con mas furia, y tambien con mas ferocidad se hacia la guerra por la parte de Galicia. El marqués de Tarrasa que allí mandaba, habia hecho una invasion con intento de atacar á Chaves, capital de la provincia de Tras-os-Montes, con un cuerpo considerable de tropas; mas luego se retiró sin haber hecho otra cosa que una estéril amenaza y el saqueo de algunos pueblos. Cara nos costó esta accion, porque juntándose los habitantes en número de tres mil, invadieron á guisa de bárbaros la Galicia, destruyeron mas de cincuenta poblaciones, y cometieron todo género de violencias con los hombres, toda clase de abominaciones y liviandades con las mujeres. Las gentes huían atemorizadas á los montes; el de Tarrasa se encerró en el castillo de Monterrey, pero entre tanto otras turbas feroces de portugueses entraron por otra parte de Galicia, y cometieron los mismos excesos, siendo de notar que los monjes del monasterio de Bouro, que los acompañaban armados, no cedieron en ferocidad á los seglares. Los habitantes de Braga, Viana y Guimaraes, movidos por Gaston Coutiño, arrojaron á los españoles de algunas fortalezas que conservaban en territorio portugués. Nada se adelantó con que fuera á Galicia el cardenal Espinola; nada tampoco digno de su nombre ejecutó el duque de Alba por el lado de Ciudad Rodrigo (1).

Lo que sucedía, y esto entraba en el órden natural de las cosas, era que las antiguas posesiones portuguesas en Asia, Africa y América, segun iban teniendo noticia del alzamiento de Portugal y de la proclamacion de don Juan IV, todas se iban alzando tambien contra España y reconociendo su nuevo rey, casi sin resistencia, gobernadas como estaban las mas por portugueses. Solo Ceuta se conservó en nuestro poder, por la lealtad de su gobernador. Así España perdió aquellas inmensas posesiones transmarinas, con la misma facilidad y rapidez con que las habia adquirido (2).

Es muy comun fraguarse conspiraciones para derrocar un trono recién establecido; y en nuestro caso con Portugal habia una razon de mas para acudir á este medio, por lo mismo que el conde-duque de Olivares y los pocos partidarios de España que allá habian quedado, se convencieron de que no era posible reconquistarle con la fuerza, empleada esta casi toda, y siendo menester aun mas que hubiese, en Cataluña. Recurrióse pues á la intriga y á la conspiracion. Hizose el alma de ella el arzobispo de Braga, el favorecido y el amigo íntimo de la vireina de Portugal, á quien veía con lástima presa entre sus mismos súbditos, y que por otra parte temía, y no sin razon, que su rival el arzobispo de Lisboa, ahora la persona mas allegada al rey, le comprendiera entre los proscritos. Manejóse tan diestramente el prelado con los descontentos del nuevo gobierno, hablando á cada cual en el sentido que podia lisonjear su pasion ó su interés, que no tardó en hacer entrar en la conjuración personas tan principales como el marqués de Villareal, á quien ofreció el vireinato á nombre de la corte de España, al duque de Caminha su hijo, al inquisidor general, al conde de Val de Reys, al de Armamar, á don Rodrigo y don Pedro de Meneses, hijo del conde de Castañeda el uno, presentado para la mitra de Porto el otro, al comisario de cruzada, y á otros de los que habian tenido empleos de los españoles, y no podian tenerlos con el nuevo rey. Era su principal agente un hidalgo llamado don Agustin Miguel, mozo de tanto talento como audacia, y muy cortado para el caso; y ayudábale tambien grandemente el judío Baeza, hombre rico, que habia hecho servicios al de Olivares, y recibido de él en recompensa con general escándalo la órden de Cristo (3).

No se proponian menos los conjurados que pegar fuego al palacio por cuatro partes, asegurarse de la reina y sus hijas, asesinar al rey, proclamar la vireina y restablecer el gobierno de España, de donde esperaban proteccion y socorro para

(1) Laclede: Historia general de Portugal.—Soto y Aguilar: Epítome de las cosas sucedidas, etc.

(2) Faria y Sousa: Epítome, part. IV, cap. 4.

(3) «La pasion del arzobispo era tan violenta (dice á este propósito el portugués Faria), que no tuvo vergüenza de servirse del socorro de los enemigos de Jesucristo: entonces fué la primera vez que la Inquisicion obró de concierto con ellos.»

cuando estallara la conspiracion. Señalado estaba ya el dia en que habia de hacerse la revolucion, que era el 5 de agosto de 1641, cuando quiso su mala estrella que el pliego en que lo avisaban al conde-duque cayera en manos del marqués de Ayamonte, gobernador de una de las plazas de la frontera, y pariente inmediato de la reina de Portugal, el cual le pasó inmediatamente á manos del rey, con quien tenia correspondencia reservada. Calló don Juan IV, y para el 5 de agosto hizo entrar tropas en Lisboa con pretexto de pasarles revista; llamó á consejo al arzobispo de Braga y al marqués de Villareal, que no imaginando que la conspiracion pudiera haberse descubierto se encontraron presos en el palacio mismo. Pendióse tambien á los demás conjurados, con tanto asombro de estos como del pueblo, que nada sabia. Formóseles proceso; descubrióse todo por las declaraciones, inclusa la circunstancia de que los judíos eran los que habian de poner fuego al palacio real y varias casas para llamar la atencion y matar entre tanto al rey; y por último, fallado el proceso el 26 de agosto, se condenó al marqués de Villareal y al duque de Caminha su hijo á ser degollados, al judío Baeza y algunos otros á ser descuartizados, y al arzobispo de Braga y á los demás obispos á ser encerrados en prisiones hasta que la corte de Roma decidiera de su suerte. Al fin por ciertas consideraciones conmutó la pena de los prelados y del inquisidor en cárcel perpetua. Á poco tiempo se publicó que el arzobispo habia muerto en ella de enfermedad: sobre esta muerte se hicieron diferentes comentarios nada extraños, atendidas todas las circunstancias. El conde-duque de Olivares no pudo averiguar cómo la conspiracion habia sido descubierta (1).

Á esta conspiracion sucedió otra con muy opuestos fines, y mucho mas descabellada é injustificable que la primera. El principal instigador y motor de esta fué el mismo marqués de Ayamonte, á cuyas revelaciones se debió el descubrimiento de la otra, siendo lo singular, y lo providencial, que quien violando el secreto de la correspondencia y haciendo oficios de denunciador sacrificó una porcion de víctimas ilustres, fué á su vez descubierto y denunciado por otra correspondencia; y herido por sus mismos filos, el sacrificador de los primeros conspiradores fué la víctima de la segunda conspiracion.

Gobernaba la Andalucía el duque de Medinasidonia don Gaspar Alonso Perez de Guzman, que no sabemos cómo seguía ejerciendo un mando de importancia siendo hermano de la nueva reina de Portugal, si no se explica por el parentesco que tambien tenia con el conde-duque de Olivares. Era el de Medinasidonia hombre de mas ambicion y vanidad que talento, y tenia mas infulas de soberano que de capitán general y gobernador de una provincia. Conocia esto su pariente el marqués de Ayamonte, y como un proyecto que podia conducir al engrandecimiento de los dos á un tiempo, sugirióle la idea extravagante de hacerse proclamar rey de Andalucía, alentándole con la buena proporcion que para ello ofrecia la debilidad del gobierno de Madrid, desmembrado el Portugal, rebelada la Cataluña, próximos á perderse los Países Bajos, y contando con la proteccion que les darian sus parientes el rey y la reina de Portugal, con quienes el de Ayamonte se hallaba en comunicacion y á quienes acababa de hacer tan gran servicio. Parecióle deber fiar al de Medinasidonia una idea que tanto lisonjaba su orgullo, y para arreglar su plan

(1) Faria y Sousa: Epítome de historias portuguesas, part. IV, capítulo 4.—Laclede: Historia general de Portugal.—Seyner: Historia del levantamiento de Portugal, lib. V, cap. 7.º á 12.

Ya antes de este suceso se habian ejecutado en Lisboa otras prisiones con motivo de haberse ausentado con miras hostiles varios caballeros castellanos y algunos portugueses enemigos del nuevo rey. Procedióse contra las personas y haciendas de los que se supo ó se sospechó estar en comunicacion con aquellos. Entre otros se prendió al marqués de la Puebla, y á toda la familia de Diego Suarez. Tambien fué preso el historiador de estos sucesos fray Antonio Seyner, del órden de San Agustin, el cual dedica uno de los capítulos de su historia á la relacion de su prision particular bajo el epígrafe: *Del modo que me prendieron, y de las distintas prisiones en que me pusieron y de las causas de mi prision*. Es el cap. 11 del lib. IV.—Miramos por tanto á este historiador con la desconfianza de quien escribia movido de personal resentimiento, y él disimula poco en su obra su apasionamiento por la causa de España, y la ojeriza con que miró siempre la revolucion de Portugal.

establecieron su correspondencia por medio de un tal Luis de Castilla. Para entenderse con el rey de Portugal enviaron luego á Lisboa un religioso franciscano nombrado fray Nicolás de Velasco. El favor de que este religioso gozaba en aquella corte hizo sospechar á un español llamado Sancho, hechura del de Medinasidonia, y tesorero del ejército antes de la revolucion, prisionero en Lisboa con otros de su nacion, que aquel fraile manejaba alguna intriga contra España. Propúsose averiguarlo, y con achaque de antiguo criado del duque de Medinasidonia, de quien tenia cartas, que en efecto le enseñó, suplicóle intercediera con él para que le volvieran la libertad. Interesóse el franciscano, y lo consiguió fácilmente. El buen Sancho se mostró tan agradecido, y llegó á inspirar tanta confianza al religioso, que como le dijese que queria irse á Andalucía donde estaba el duque su amo, parecióle á fray Nicolás que era seguro conducto por donde informar al de Ayamonte y al de Medinasidonia del estado de las negociaciones, informóle del secreto y le dió cartas para ellos.

Sancho, luego que salió de Portugal, tomó el camino de Madrid, llegó y entregó las cartas al conde-duque, que se quedó absorto al leerlas. Dió cuenta de todo al rey, el cual puso, como de costumbre, la informacion y fallo de este negocio en manos del de Olivares. Disculpó este cuanto pudo al de Medinasidonia, sin duda por compromisos que además del parentesco con él tuviera. Así fué que se limitó á mandarle presentarse inmediatamente en la corte, mientras ordenaba que al de Ayamonte le trajeran preso. Vino el de Medinasidonia, aunque de mala gana; el orgulloso magnate que habia soñado ser rey, se echó humildemente á los pies de Felipe IV, confesó su culpa y pidió perdón. Otorgósele el soberano, ya predispuesto á ello por el ministro, bien que por via de castigo se le confiscó una parte de sus bienes y se le sujetó á vivir en la corte. Pero el conde-duque le obligó á mas: con achaque de que necesitaba justificar en público su inocencia, le comprometió á desafiar al duque de Braganza, por medio de carteles que extendió por toda España, y aun por toda Europa. Señalóse para lugar del combate un llano cerca de Valencia de Alcántara que sirve de limite á ambos reinos, donde se ofrecia el duque á esperar ochenta dias, que se empezarian á contar desde 1.º de octubre. Y en efecto allá se fué el de Medinasidonia, acompañado del maestro de campo don Juan de Garay, y allí esperó el tiempo prefijado, hasta que viendo que nadie parecia se retiró á Madrid, satisfechos él y el conde-duque de lo bien que habian representado aquella farsa pueril (2).

(2) Son notables y sobremana curiosas las palabras de aquel famoso cartel de desafío. Comenzaba así: «Yo don Gaspar Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia, marqués, conde y señor de Sanlúcar de Barrameda, capitán general del mar Océano en las costas de Andalucía, y de los ejércitos en Portugal, gentil-hombre de la cámara de S. M. C. que Dios guarde:

»Digo, que, como es notorio á todo el mundo, la traicion de don Juan de Braganza, antes duque, lo sea tambien la mala intencion con que ha querido manchar la lealtad de la casa de los Guzmanes, etc... Mi principal disgusto es que su mujer sea de mi sangre, que siendo corrompida por la rebelion, deseo hacer ver al rey mi señor lo mucho que estimo la satisfaccion que muestra tener de mi lealtad, y darla tambien al público, etc.

»Por lo cual desafio al dicho don Juan de Braganza, por haber falseado la fe á su Dios y al Rey, á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejo á su voluntad el escoger las armas: el lugar será cerca de Valencia de Alcántara, en la parte que sirve de límites á los dos reinos de Castilla y de Portugal, á donde aguardare ochenta dias, que empezarán el 1.º de octubre, y acabarán el 19 de diciembre del presente año: los últimos veinte dias me hallaré en persona en la dicha villa de Valencia de Alcántara, y el dia que me señalare le aguardaré en los límites. Doy este tiempo al tirano para que no tenga que decir, y para que la mayor parte de los reinos de Europa sepan este desafío; con condicion que asegurará los caballeros que yo le enviare, una legua dentro de Portugal, como yo asegurare los que él me enviare, una legua dentro de Castilla. Entonces le prometo hacerle conocer su infamia tocante la accion que ha cometido, que si falta á su obligacion de hidalgo... viendo que no se atreverá á hallarse en este combate... ofrezco desde ahora, debajo del placer de S. M. C. (Q. D. G.) á quien le matare, mi villa de Sanlúcar de Barrameda, morada principal de los duques de Medinasidonia, y humillado á los pies de su dicha majestad le pido que no me dé en esta occa-